

LA RELACION ENTRE PRODUCCION E INVESTIGACIÓN DE PROCESOS COMUNICACIONALES EN LOS PLANES DE ESTUDIO DE LAS CARRERAS DE COMUNICACION SOCIAL *

Silvia Delfino

Profesora e investigadora de la Universidad de Buenos Aires
y de la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires

El título del panel y de la sesión de trabajo que vamos a compartir: "La relación entre teoría y producción en la enseñanza e investigación de procesos comunicacionales" plantea una serie de problemas que integran no sólo algunos de los debates más mencionados acerca de las carreras de Comunicación Social en nuestro país y en el mundo, sino también, y éste es quizá su aspecto más sugerente, las condiciones históricas en que vivimos e intervenimos en la cultura del presente. De hecho, podríamos plantear que es en gran medida dentro de esos términos que se constituyen las experiencias a partir de las cuales nos relacionamos con nuestras condiciones de existencia tanto por la posibilidad de formular y compartir la producción de sentidos como de articular nuestra capacidad de acción histórica en relación con los modos variables de autoridad y poder. Pero sabemos, también, que esta relevancia de las prácticas comunicacionales suele ser considerada como un rasgo naturalizado de la cultura por la mercadotecnia, la extrema exposición de las emociones en los medios audiovisuales y la reificación de las diferen-

cias como desplazamiento permanente de los lugares de filtro que regulan tanto los intentos de asimilación como de diferenciación en el acceso desigual a la cultura y a la participación social. De este modo, la "omnipresencia" de la noción de comunicación puede ser utilizada y, esto, como sabemos, tiene efectos tanto teóricos como políticos en nuestros planes de estudio, para reducir la dimensión de lo simbólico a un campo de objetos prefijados y de técnicas instrumentales y, en consecuencia, eliminar las posibilidades críticas de la cultura en tanto producción de sentido, saber y especificación de las condiciones de nuestras prácticas.

En este sentido, es conocida la intervención de los llamados "Estudios Culturales" a partir de su formulación inicial en la década del 60, en el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de la Universidad de Birmingham y por su expansión e institucionalización hasta alcanzar el grado de mercadería editorial y académica. Es necesario, entonces, analizar no sólo las distintas tradiciones que los constituyen sino también los límites de sus postulados acerca del rol del investigador

* Trabajo presentado a las Primeras Jornadas sobre Comunicación y Ciencias Sociales.
Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la U.N.R., Setiembre de 1998.

como actor en el diseño de políticas institucionales y públicas. Reconstruir y analizar estos debates, que involucran al conjunto de las ciencias sociales en la actualidad, requiere, en principio, historizar no sólo la articulación y desplazamiento de conceptos, metodologías y objetos, sino también las críticas y advertencias planteadas desde otras propuestas de análisis de procesos comunicacionales.

Y, simultáneamente, considerar que la transdisciplinariedad mencionada habitualmente, no supone, desde el proyecto crítico de los estudios culturales, un mero eclecticismo o una superposición integradora sino el replanteo de las prácticas y posiciones implicadas en la teoría y la investigación en situaciones concretas. En este sentido son fundamentales los aportes que la investigación y crítica de la comunicación en América Latina ha producido no sólo por la atención a las condiciones propias de los procesos de mediación y articulación cultural sino también como réplica e interpelación de las ortodoxias o canonizaciones del análisis comunicacional en Europa o Estados Unidos.

En consecuencia, puede constituirse, a través del análisis de estos debates, un ámbito de reflexión sobre nuevas propuestas teóricas y críticas y, simultáneamente, sobre sus alcances en la relación entre producción e investigación en la Universidad argentina actual. Al respecto el plan que ustedes han estado discutiendo propone, para discutir la falsa oposición entre talleres de producción, materias contextuales y

teorías de investigación, algunos puntos que me gustaría retomar:

Primero: el análisis de la emergencia de las técnicas y prácticas comunicativas como hecho material concreto en la constitución de la modernidad y su articulación con las políticas implicadas en su regulación tanto económica y social como cultural.

Segundo: su emergencia en los modos de conceptualización y análisis de estos procesos en los términos de una reflexión material sobre el lenguaje en las teorías del sentido que forma parte de las condiciones de una crisis en las ciencias sociales en el momento de su constitución y resituada en el vínculo entre sujeto y objeto, entre saber y verdad.

Estos debates que involucran, por lo tanto, una revisión crítica en el interior de disciplinas como la antropología, la sociología, la historia o la crítica cultural, focalizan la especificación de los procesos significantes que constituyen órdenes simbólicos en términos de saberes, acciones y sentidos compartidos.

Tercero: de este modo, el relevamiento de las operaciones analíticas en las ciencias sociales a partir del vínculo entre esta "emergencia" de lo comunicacional (medios, opinión pública, publicidad, organizaciones e instituciones reguladas a partir de la comunicación: relaciones públicas, burocracia) donde lo emergente es no el carácter instrumental de las tecnologías sino la articulación entre tecnología y producción de sentido. Ahora bien, este aspecto menciona el rol histórico de las instituciones en la modernidad en tanto establecimiento de pautas de per-

cepción, acción e inteligibilidad no sólo como instancias de "socialización e integración" sino también como acceso a los circuitos de decisión que afectan las condiciones de existencia de los sujetos y la posibilidad de producir propuestas concretas de cambio social desde el funcionamiento mismo de la trama institucional de una sociedad en un momento dado. Al respecto los estudios culturales han destacado el carácter no sólo normativo prescriptivo sino elaborador de condiciones de cambio de las regulaciones culturales o de las prácticas institucionales. De este modo, lo institucional no constituye sólo un área de profesionalización sino también parte de los desafíos más recientes planteados por las teorías que vinculan lo comunicacional con las políticas culturales y sociales implicadas en su conceptualización. De hecho los estudios culturales analizan lo que denominan como "cultura organizacional" a través de la cual el estado y las organizaciones mundiales asignan a las instituciones intermedias y organizaciones no gubernamentales el rol de administradoras de los servicios que habían sido sus objetivos públicos históricos. Ese rol les otorga, por un lado, el estatuto de "amortiguadores" de las crisis de ajuste estructural en dichos procesos y, por otro, fundamenta una complejización de la posibilidad de la cultura de actuar como dispositivo de regulación social y política.

Desde este punto de vista el problema que discutimos hoy, lo comunicacional en tanto intersubjetividad e inteligibilidad, es el espacio de crisis de

las posibilidades de estabilidad, previsibilidad y equilibrio del estatuto de la política en la modernidad en tanto un juego de fuerzas en límites y presiones específicos en relación con condiciones concretas. Pero indica, simultáneamente, el aspecto no sólo normativo sino de intervención concreta que adquiere la constitución de marcos institucionales cuando se considera a la educación parte de los modos de regular cánones y tradiciones culturales, pero también, cuando el neoliberalismo critica y a la vez recurre a la educación como parte de los procesos de ajuste estructural. Sabemos que esto incluye a la universidad y la constatación, no novedosa por cierto, de que el capitalismo se reproduce no sólo por su expansión económica sino por la posibilidad de producir expectativas que mencionan al sujeto como individuo de su propio crecimiento social. Si concebimos la producción de cultura tanto una condición central de la vida pública como un lugar privilegiado de análisis de los conflictos en el acceso a la participación social, la distancia entre saberes, lenguajes y prácticas se articula en una opacidad simbólica que no puede ser analizada como apariencia o mera dispersión trivializante, sino, por el contrario, con los modos específicos de articular el conflicto por limitar y fijar los sentidos y prácticas en la concepción material de la hegemonía. Entonces el vínculo entre reificación y opacidad simbólica en la cultura del presente produciría no una suma de campos donde se verifica la discusión sobre el lenguaje (la vulga-

rización y extensión indiscriminada de concepciones de la interpretación como mera "pluralidad" de sentidos) sino un reclamo de atención sobre las condiciones históricas específicas en que esos rasgos entran en articulación con lo cultural y lo político en tanto conflictos en la producción de hegemonía. Este último aspecto es el que más nos interesa en la medida en que nos permite resaltar las condiciones históricas que especifican y producir interrogantes desde nuestra propia cultura que, tanto en nuestro país como en Latinoamérica, tiene, como es sabido, una larga trayectoria en el intento de replantear los modos complejos que en los medios de comunicación llevan inscriptas tanto técnica y simbólicamente formas articuladas de autoridad y poder en las formas de acceso no sólo a la cultura sino a la participación ciudadana.

En este sentido, discutir planes de estudios requiere hacer una mención a las condiciones de burocratización de la docencia e investigación que, en ciencias sociales, implica no sólo una rutinización de las posibilidades críticas de nuestras prácticas sino lo que hoy aparece claramente como una interpelación concreta del neoconservadurismo a la universidad tanto privada como pública. Esto que, por un lado es una obviedad: todo plan de estudio da cuenta de un modo peculiar de articular la relación entre investigación, docencia y distribución social; por otro, permite focalizar la producción e investigación en comunicación social como reflexión sobre el

vínculo entre universidad y producción de políticas sociales y culturales. De este modo, el análisis y reflexión sobre esos procesos implica no sólo objetos y técnicas sino, como dijimos, también regulaciones en tanto conflicto de intereses de acuerdo con la jerarquía política habitualmente aceptada de los saberes que tratan estos problemas: la relación entre acción y sentido se convierte en una relación entre intereses y valores. Sabemos que el neoconservadurismo, como parte de sus estrategias asimilativas y la vez estratificantes, ha producido espacios de profesionalización y especialización que, por un lado, construye expertos en análisis social y, por otro, distancia cada vez más los circuitos de decisión y participación hasta convertir la política en un área reservada para unos pocos. De hecho, la revisión crítica del lugar que la distinción cultural tiene en la cultura mediática a nivel global pero también en el sentido común acerca de la política, la participación cívica, los modos de convivencia comunitaria, implica, según los estudios culturales, revisar el lugar que el neoconservadurismo ofrece a los intelectuales en tanto expertos en formulación de "valores culturales". Estamos acostumbrados a ver en los medios a todo tipo de especialistas en análisis cultural que muchas veces no hacen sino confirmar las posiciones más conservadoras con respecto a la exclusión social de grupos diferenciados por el pánico moral que se produce sobre ellos por edad, género, raza, orientación sexual o nacionalidad. De este modo los valores

culturales articulan la lógica distributiva de la relación entre desigualdad y diferencia postulada como evidente e irrefutable muchas veces bajo la forma de pánico moral alrededor de esos grupos o sectores. Esto que, como sabemos no es una "creación" política ni de nuestro país ni de América Latina, sostiene los modos de exclusión e incluso persecución y hasta aniquilamiento de algunos grupos ante la desocupación, la pobreza, la falta de inversiones y políticas de salud, educación y acceso a las oportunidades sociales. Así, el enunciado, "el neoconservadurismo interpela a los intelectuales en tanto tales" permite revisar las operaciones del populismo en los ataques del neoconservadurismo a cualquier modo de crítica no sólo en Estados Unidos sino en lo que aparece hoy lamentablemente como una repetición global de modelos económicos, justificaciones ideológicas y comentarios trivializantes de expertos mediáticos. En eso consiste la interpelación del neoconservadurismo a los intelectuales ya que, como dijimos, en una compleja articulación de antiintelectualismo y elitismo, los convoca en su función misma de dirección en la construcción de hegemonía cultural y política que no sólo es el espacio de luchas para la constitución del poder en la democracia sino los reclamos de nuevas formas de autoridad en el populismo neoconservador.

Este fue, precisamente como sabemos, el desafío inicial de los estudios culturales, analizar los modos a través de los cuales la cultura en tanto len-

guaje, prácticas y sentidos es el espacio material de esas luchas por la autoridad y por la legitimación del poder. Por lo tanto, si historizamos esta relación entre producción de valores culturales y modos de diferenciación, desde nuestras prácticas de docencia e investigación, podríamos relevar no sólo las lógicas de distribución social que la universidad reproduce sino los núcleos posibles de especificación que los estudios culturales produjeron y de los debates políticos que plantearon.

Son precisamente los estudios culturales los que indican esta relación entre academia e industria cultural como parte del fetichismo de las diferencias que puede ser analizado como vínculo entre opacidad simbólica y reificación económica.

Para esto proponen un análisis crítico tanto de la constitución de objetos de investigación como de los espacios institucionales en que se producen, focalizando:

a) la relación entre teorías de la cultura y producción de políticas sociales y culturales a partir de la participación de "expertos" en análisis social.

b) la educación pública y los conflictos en el acceso a los bienes culturales y a la participación social a partir de la redefinición del concepto de democracia.

c) el vínculo entre construcción de identidades culturales y prácticas cotidianas a partir del entrecruzamiento entre desigualdad social y diferencias étnicas, religiosas, etarias, genéricas y de orientación sexual.

d) las políticas que regulan la industria cultural y los medios de comunicación en contextos de globalización económica y tecnológica.

e) el análisis de políticas públicas culturales y sociales ya sea gubernamentales o de instituciones intermedias. Este eje implica el análisis del proceso complejo de producción de políticas a partir de los aspectos constitucionales, administrativos e institucionales de las relaciones interregionales y federales en su conjunto, los actores, instituciones y movimientos que intervienen, el contraste con otros procesos de producción de políticas públicas.

Esto implica, desde la perspectiva de los estudios culturales que no habría concepto teórico sin campo de aplicación posible, por lo tanto, sin producción de objeto. Pero, a su vez, implica diferenciar el ámbito de la producción de conceptos de su puesta a prueba con la producción de objetos en la medida que lo concreto como confrontación requiere la complejización de lo teórico. A su vez, desde el punto de vista político, la especificación como operación analítica indica que no hay debate teórico sin las posiciones a las que convoca en tanto conclusiones políticas que se derivan de las premisas puestas en juego. Y, en consecuencia, se leen las disputas en tanto argumentación, como forma de intervención de intelectuales en prácticas y producción de políticas concretas. La petición de principio de estos enunciados es que la crítica de la cultura no resuelve históricamente estos problemas, lo cual implicaría concebirlos como naturales

e inevitables, sino que los produce, por un lado, por la relación específica que establece entre materiales, técnicas y condiciones de existencia y, por otro, por el tipo de interrogantes que plantea acerca de las propias condiciones de posibilidad de la crítica. Ahora bien, como tendríamos que argumentar, estos interrogantes son interrogantes éticos en la medida en que la articulación de las condiciones constituye el momento analítico clave no sólo porque produce posiciones en tanto "figuraciones sociales" del investigador crítico sino, fundamentalmente, en tanto lugares desde donde analizar, escribir y postular la investigación crítica del presente en tanto construcción histórica.

Los estudios culturales recogen esta provocación para establecer una diferencia entre la crítica de la cultura como develación, desmitificación de la ideología (esta crítica tendría como rol autopostulado la educación y la transformación de conciencias) y la crítica como análisis de la opacidad de los procesos simbólicos a partir de la especificación de lo material, lo cultural y lo político. Esta crítica tendría por objeto la problematización de las condiciones de producción de los materiales de la cultura y no su estabilidad o permanencia definidas previamente desde la oposición entre apariencia y realidad o alienación e identidad. Este análisis se diferencia de la crítica sociológica porque en vez de develar lo social a partir de la opacidad de las imágenes, ésta se intensifica implicando los textos con las prácticas a las que convocan. O mejor cuál es el lugar del

crítico de la cultura en esta confrontación entre convenciones estéticas y económicas del mercado transnacional y los puntos posibles de antagonismo a partir de la participación política en democracias redefinidas localmente.

Indiquemos algunos de los debates planteados por los estudios culturales alrededor de estos problemas. Dijimos que la articulación entre industria cultural y globalización es conceptualizada en los estudios culturales no sólo a partir de la instrumentalidad de los medios como aparatos de mimesis y homogenización sino por la extrema exposición de la diversidad en la cultura del presente. Esta tensión es analizada a partir, primero, de lo popular ordinario de la cultura común como modo dominante de la cultura global, y, segundo, del uso político de la exhibición de las diferencias como rearticulación de las desigualdades en las democracias del presente. En principio el vínculo entre lo simbólico y lo material permite analizar el carácter problemático de la cultura popular, pero también de la cultura "en común" u "ordinaria", como la escena misma de mercantilización de la cultura, es decir, el espacio de la industria en que la cultura ingresa en los circuitos de tecnologías dominantes y las formas articuladas de poder, pero, simultáneamente como espacio de contradicciones y ambivalencias de las prácticas históricas concretas y de las teorías involucradas en su análisis. La noción de hegemonía cultural permite, por un lado, analizar la relación entre lo simbólico y lo material y, por otro, interpelar las

condiciones de producción de los objetos en la medida en que la cultura del presente intensificaría, a través de la exacerbación de lo textual y lo visible, los problemas de inteligibilidad y los conflictos en la producción de sentidos compartidos. Stuart Hall especifica que se ha reemplazado el carácter invisible de la desigualdad por nuevos modos de segregación basados tanto en una visibilidad máxima (los testimonios de vida en el "reality show", el "talk show", la inclusión del drama privado y del público como protagonista) como en su extrema descontextualización. Ahora bien, esa espectacularización de las diferencias, la pasión postmoderna por el exotismo de lo diverso, es analizada como parte de las condiciones de la democracia que sostiene la tolerancia y la aparente pluralidad de las opciones tanto como el conflicto para regularlas dentro de formas institucionales que establecen límites e imponen restricciones. Así, por ejemplo, el melodrama constituye tanto un lugar articulador de las emociones en la redefinición de los límites entre lo público y lo privado como un punto de intersección entre fuerzas éticas y políticas. De hecho, la televisión se caracterizaría por el interés y la necesidad de limitar su propio exceso, de acotar y fijar sus significaciones en sentidos comunes naturalizados que, a su vez, no se limitan a lo textual y restringen la aparente ilimitación técnica de aquello que se ofrece en la pantalla. Es en este sentido que lo popular, convertido históricamente en la forma dominante de

la cultura global, resulta uno de los espacios privilegiados de construcción de hegemonía. Es el espacio donde las democracias del presente, en un mundo a la vez global y local, clasifican y segmentan no en términos de público masivo anónimo sino a través de la proliferación simbólica y la pretendida singularización de los consumos. Los estudios culturales advierten con respecto a estas tensiones y contradicciones que dan forma a la relación entre el exotismo y su estatuto como mercancía cuando las nuevas formas culturales son, por unos, celebradas como crítica del consumismo capitalista y, por otros, denostadas por su complicidad con el consumo. Esto permite analizar la relación entre técnica y distinción como una dimensión cultural. En este punto tanto Stuart Hall como Dick Hebdige, Robin Murray y David Held rechazan la noción de postmoderno, post ideológico o post histórico para analizar las transformaciones culturales de la globalización tecnológica, económica y política. Proponen la noción de post fordismo para analizar el cambio de relación tanto entre los sujetos y las condiciones económicas como entre la sociedad civil y las formas de organización de la política. Robin Murray, en sus aportes al proyecto New Times, analiza esta complejidad de la relación entre consumo y tecnología como una de las condiciones políticas del postfordismo: se politizan las prácticas de consumo a partir de la transnacionalización económica que desplaza los conflictos del trabajo industrial a la periferia y los márgenes, pone el acen-

to en el empleo de mujeres, jóvenes y grupos étnicos en la reorganización internacional de la fuerzas productivas mientras administra la política como si se tratara de un mercado de productos diferenciados por la oferta.

Ahora bien, dijimos que, según los estudios culturales, la opacidad creciente, tanto en acumulación de información como en la exacerbación de lo visible, reunifica las operaciones de inteligibilidad con la democracia a partir de rituales de representación formal que articulan los conflictos en centros de autoridad, que administran las expectativas, las frustraciones y hasta el placer y el dolor, es decir, todo aquello que el mercado dispersa. Dick Hebdige, Ien Ang y Jody Berland analizan, en relación con esta opacidad, las operaciones que nos convierten a la vez en sujetos y portadores de la diseminación de tecnologías. Por un lado, se arma una topografía del consumo que es identificada de manera creciente con un mapa de lo social y, por otro, a través del detalle distintivo, se potencia la expectativa de estilos "personalizados" en la publicidad y en la capacidad de los productores de refinar la localización de las audiencias y sus gustos en tanto respuestas "interpretativas". Esto implica, también, la capacidad de los productores de convertir a la audiencia, a través de la técnica, en parte de la producción. Es el caso de la integración del concepto de audiencia como observación continua en una especie de plebiscito que necesita renovar continuamente la adhesión. Esta fragmentación y simultánea

centralización desdibuja la transparencia de una noción de público "medio" a quien supuestamente estaba dirigida la producción de los medios en el momento de su constitución. Los estudios culturales mencionan aquí la expansión, diversificación y amplificación de los medios como un fenómeno que no puede ser considerado únicamente técnico sino como parte del proceso de opacidad de la política y de la vida social.

Entonces, como adelantamos al comienzo, la articulación entre cultura y poder como objeto de los estudios culturales produce una trama institucional compleja a partir del análisis, por un lado, de la opacidad creciente de los conflictos y, por otro, de las políticas públicas que no remitirían únicamente al grado de intervención del estado en la regulación de las fuerzas "impersonales" de la vida social sino a la distribución concreta, por ejemplo, de las nuevas tecnologías de información que implican modos de acceso a saberes diversos y conllevan una dimensión de poder, de control, sobre el flujo e influjo de la información. Se trata de pensar la técnica como dimensión cultural productora de relaciones en las que se leen momentos específicos de la relación entre técnica y ética. Así, por ejemplo, los estudios culturales analizan el colapso de la representación en la extrema exposición de los medios no como efecto de la técnica sino de la relación entre técnica, políticas de regulación de medios y políticas de regulación de información. De este modo, el efecto de transparencia y "camouflage"

de la cobertura de la guerra del Golfo puede analizarse como un modo específico de articulación entre tecnologías mediáticas, control militar de la información y el armamentismo extendido a nivel global en la transnacionalización económica. Se trata de producir una tensión entre la complejidad de las condiciones y la formulación formal de la técnica mediática. Esta concepción del lenguaje y de los materiales de la cultura mediática propone, como dijimos, la especificación de la relación o distancia entre lo simbólico y lo material. Entonces, por un lado, la técnica en relación con la política no sería un dato estable, esto es obvio, pero, fundamentalmente, las formas de dominio que se articulan en la técnica son simultáneamente económicas, morales y culturales. Me interesa destacar que estas propuestas de análisis no suponen una negación de la homogeneidad y la mímesis como rasgos descriptivos de la reificación de la industria cultural sino, por el contrario, implican un reclamo de atención sobre las condiciones históricas específicas en que esos rasgos materiales entran en relación con lo cultural en la producción de objetos, discursos y prácticas. Sabemos que Raymond Williams planteó la cuestión problemática de la cultura "ordinaria" o "común" como concepto decisivo de sus propuestas de análisis. Podemos reconstruir, en sus textos, los conflictos a través de los cuales este concepto permite el análisis de situaciones de lucha por la hegemonía superpuestas y contradictorias.

Esto implica, por un lado, concebir lo subalterno no como una posición pre-determinada sino como parte de un proceso dinámico y conflictivo entre normas y convenciones que produce tanto la subordinación de alternativas como el desplazamiento de límites y presiones específicas cambiantes. Sabemos que en esta conceptualización de lo "ordinario" o "común" es central la revisión del marxismo a la luz de los conceptos gramscianos de dominación, cultura política y hegemonía. A partir de este desafío, los estudios culturales analizan la noción de comunidad involucrada no sólo en lo popular como categoría conceptual e histórica no estable ni homogénea sino también en los modos de participación, deliberación y representación. La pregunta de Williams en este punto es: cuáles son los rasgos de colectividad o comunidad posible en el presente para proponer una transformación social. Pero analiza, también, la noción de comunidad nacional en las políticas neoconservadoras que sostienen la existencia de un sentido de identidad restrictivo ahistórico frente a las diversidades raciales que amenazan su unidad y dominio a partir de la descolonización.

El primer paso consiste en reconstruir las condiciones específicas de un cambio de estatuto de lo cultural y lo popular en la última mitad del siglo. Esto involucra, por una parte, la relación del concepto de cultura ordinaria o cultura en común pero, por otra parte, el desplazamiento del concepto de cultura y civilización a partir tanto de

la expansión económica y cultural del capitalismo como su crisis en la descolonización.

En un texto de 1992, "¿En qué consiste lo negro de la cultura negra?" Stuart Hall retoma los análisis de Cornel West para proponer como condiciones de ese desplazamiento: primero, la emergencia de Estados Unidos como centro de la producción y circulación cultural global. Segundo, el giro hegemónico en la definición de cultura de la considerada cultura de la civilización a la cultura popular de los medios norteamericanos y sus formas culturales tecnológicas, visuales y masivas. Tercero, el desplazamiento de los modelos europeos de la cultura "elevada" y la pérdida del lugar hegemónico de Europa como sujeto universal civilizador y encarnación de la cultura. Por último, el proceso complejo de descolonización marcado culturalmente por la pérdida de valor formal de los modos de autoridad coloniales y la producción de nuevas formas de colonización económica.

En este punto, Stuart Hall enuncia una de las coordenadas que constituyen a lo popular como un modo dominante de la cultura global en la última mitad del siglo: la aparición del margen como problema central junto con el exotismo de la diversidad y de las emociones y sensibilidades del tercer mundo en general o "descolonizadas" o étnicas en particular. Mencionamos antes el problema de los márgenes en el postfordismo como un problema de actualidad política tanto en la concentración informática, económi-

ca, política como cultural. Desde este punto de vista, la cultura de los márgenes y, simultáneamente, la cultura de las "diferencias" sería un espacio de exploración y cuestionamiento de los modos de análisis, en un mundo a la vez local y global, en la medida en que redefine constantemente las oposiciones jerárquicas elevado/ordinario, dominante/subalterno, centro/periferia como rearticulación y no agotamiento del proyecto de la modernidad. Aparece entonces, uno de los rasgos materiales más importantes de estos objetos, la fascinación por las diferencias como reformulación de la estética modernista que había dibujado el exotismo en los cuerpos colonizados.

Pero es importante analizar, entonces, cuál es la relación entre el exotismo modernista y la fascinación por la diversidad en el posfordismo (por ejemplo en la homogeneidad de las diferencias de "Benetton"); además de este cúmulo de diferencias que no producen ninguna diversidad, Stuart Hall propone analizar cómo la vida cultural ha sido transformada a través de la presencia de los márgenes. Pero también, en la medida en que en la experiencia de la descolonización, en vez de reunificar una identidad europea en la posguerra define la "localización" en historias y narraciones especificadas por la diáspora, esta politización del margen y las diferencias constituye un espacio de contradicciones que no puede analizarse por el mero festejo de la diversidad y la descentralización. Por el contrario, implica un llamado de atención en los estudios culturales a

cerca de la necesidad de revisar tanto las nociones de resistencia, anticomercialismo y la capacidad de producción de sentido de sujetos y grupos como el "populismo" en tanto categoría reactualizada a partir de la recuperación de un concepto esencial e integrador de comunidad. Cuando Stuart Hall sintetiza las lecciones de Gramsci acerca del carácter complejo de la dominación indica cómo la introducción del concepto de distinción en la filosofía de la praxis permite analizar la desigualdad en el vínculo entre lo dominante y lo subalterno como una relación variable específica que no sólo excluye sino que complejiza los modos de antagonismo. Esto, en vez de diluir las luchas o anular el carácter revolucionario de la historia, permite analizar el neoconservadurismo que articula la crisis del capitalismo a nivel global (la violencia en el interior de los estados, el resurgimiento de las guerras étnicas y religiosas del pasado) con el replanteo de la autoridad como función técnica del estado. Por otra parte, este proceso no puede ser interpretado simplemente como una capacidad conspirativa superior por parte de la derecha sino, como veremos, en tanto modo específico de lucha por la hegemonía a través de la rearticulación de identidades culturales. A su vez, la crisis del estado de bienestar y el colapso de la socialdemocracia constituye una crisis de las relaciones entre las clases desde el punto de vista de la pertenencia y la homogeneidad. Esta conceptualización permite a David

Held, Rosalind Brunt, Dick Hebdige y, al propio Stuart Hall, analizar tanto las migraciones provocadas política y económicamente, las experiencias de descolonización, el racismo, el exterminio en las luchas étnicas y religiosas o los nacionalismos como redefiniciones del estado y de la gobernabilidad. El Proyecto New Times analiza, en este proceso, el retorno a la agenda política de aquellos puntos de pertenencia que dan a los sujetos algún sentido de "lugar" o posición en el mundo. La transnacionalización económica, cultural y política, en vez de diluir el carácter identitario de las relaciones de clase produce una complejización de la pertenencia a comunidades de distinta dimensión, locales y globales a la vez.

El vínculo entre testimonio y comentario en la crítica del presente permite focalizar la identidad como un espacio de lucha ideológica articulador de las experiencias y su formulación. Se realiza entonces un doble movimiento: el sentido de esas experiencias es producido, por un lado, por la posición del sujeto o el grupo en las relaciones concretas y, por otro, por la relación de los sujetos con esas condiciones y su posibilidad de percepción y de acción histórica. A través de sus producciones culturales, un grupo social, una clase, una formación social se reconocen a sí mismos como tales y, a su vez, formulan esas relaciones en términos de experiencias compartidas y de probable antagonismo con respecto a las de otros grupos o clases. Pero, a su vez, concibe el antagonismo como una materialidad que puede tener, en un mo-

mento histórico específico, el aspecto de una diferencia cultural, étnica, religiosa, genérica, generacional o de orientación sexual en tanto experiencia concreta de la desigualdad de clase.

Stuart Hall analiza aquí la lucha entre la construcción de identidades restrictivas y nuevas etnicidades no restrictivas. Sabemos que esa lucha se materializa a través del racismo, la xenofobia, el sexismo y la homofobia como procedimientos de esencialización de la identidad nacional pero, a su vez, esas subjetividades, en relación con otras luchas, implican no sólo la reflexión sobre las propias condiciones, la propia historia, sino la reescritura del propio lugar en términos de experiencias compartidas como el miedo, la exclusión, la peligrosidad atribuida a los sujetos a través del pánico moral. Precisamente, en un texto central de los estudios culturales de la década del setenta, *Policing the crisis*, Clarke, Jefferson y Hall analizan la diferencia, especialmente de raza, como material y no como contenido de la ideología racista. Me interesa especialmente detenerme en esta concepción de la interpretación, tanto material como histórica, porque delimitar los conceptos de lenguaje e ideología, de lenguaje y cultura permite especificar tanto la relación entre desigualdad y diferencia como uno de los problemas claves en los estudios culturales del presente.

La preocupación de los estudios culturales por la especificidad de las prácticas ideológicas que operan dentro de relaciones hegemónicas de consenso e incorporación permite, en *Policing the*

crisis, el análisis de la crisis de la socialdemocracia como una crisis de la relación entre clases desde el punto de vista de la pertenencia y la homogeneidad. El debate que propone sobre el desplazamiento de modos de subjetivación no pretende armar un mapa de la "nueva" constitución de lo social como si se tratara de un relevo de conflictos sino un análisis acerca de cómo se articulan las desigualdades sociales (no anuladas) con estas segmentaciones variables de la sociedad. Y fundamentalmente, cómo tratamos de demostrar, con qué experiencias compartidas se relacionan cuando los sujetos simbolizan sus condiciones de existencia. Esto tiene, a su vez, como consecuencia analítica la pérdida de la noción de pureza o esencialidad de la exclusión y de la explotación. Por lo tanto, el análisis propone algo bastante distinto que catalogar las prácticas discriminatorias basadas en estereotipos raciales que tienden a marcar las relaciones sociales entre diferentes grupos étnicos. Tampoco se trata de hacer una crítica del "racismo institucionalizado" en dominios como la casa o el empleo. Por el contrario, intenta señalar el modo en que estas diferentes estructuras trabajan juntas para producir las relaciones sociales de la sociedad en una forma específica. Stuart Hall analiza, en estas condiciones específicas, el rol económico y político de lo racial como uno de los principales mecanismos por los que se sostiene y reproduce la división social (por ejemplo, en el uso de la inmigración como fuerza de trabajo) y, cómo, cuando so-

breviene la crisis, es el sector que sufre simultáneamente el costo de su alta visibilidad. El propósito es describir cómo distintas estructuras se combinan para reproducir, en una forma histórica específica, ese "sujeto proletario negro" del cual el joven negro en las ciudades es una fracción tan altamente visible como vulnerable. Pero también se propone analizar la construcción de pánico moral cuando el crimen negro se convierte en el "significante" de la crisis o, como dijimos antes, la raza en tanto modalidad, forma histórica, en la que se experimentan las relaciones de clase. En este sentido la diferencia racial es un constituyente clave de la reproducción de relaciones de clases no porque los grupos de una categoría étnica se relacionen con otros de manera necesariamente discriminatoria, sino porque la raza es uno de los materiales con los que se constituye la ideología racista. Indiquemos brevemente las condiciones de esas "nuevas etnicidades". En principio, no se trata de identidades abstractas, restrictivas, constituídas como un rasgo previo, sustancializador de identidades sociales y culturales a través de la peligrosidad como amenaza de caos (ésta sería la condición de las identidades restrictivas sustancializadoras al estilo de la "britishness" del neoconservadurismo que une ciertas formas de patriarcado con un espíritu de época y de raza) sino de una relación entre experiencias y percepción del propio lugar en la trama de posiciones. Este es un rasgo central, por ejemplo, en la constitución de objetos de análi-

sis como la cultura de los jóvenes, la diversidad en sus “modalidades” o “estilos” culturales, la ambivalente relación entre consumo y crítica de la cultura de los padres. En segundo lugar, como indicamos al comienzo, se trata de una posición en un conjunto objetivo de relaciones sociales. Así, por ejemplo, uno de los rasgos articuladores de la cultura negra en la diáspora es su negativa a admitir la oposición binaria entre raza y nacionalismo en la opción “negro o británico”. En ese sentido las identidades no son simplemente “representadas” desde el exterior (como el exotismo del modernismo o la imagen de joven violento en los medios) sino que figuran espacios específicos, por ejemplo, los de las migraciones, pero también la disputa por ámbitos definidos por la edad, el género o la orientación sexual. La inscripción de las diferencias es, entonces, tanto específica como crítica. La identidad, por lo tanto, no puede ser concebida como un espacio de autoridad y autenticidad sino como una relación de pertenencia a construir en términos de historia, narraciones, política. Esto tiene dos consecuencias analíticas que es necesario resaltar: en primer lugar, se trata de la construcción de un modo de subjetividad que es sujeto de sus propias formulaciones (vividas como tales y no como representación) a diferencia, como dijimos, del exotismo representado por el modernismo, el consumismo y a la vez peligrosidad en la publicidad sobre jóvenes o las peculiaridades de género u orientación sexual en la exhibición mediática de las emo-

ciones. En segundo lugar, esto presupone una transformación de la relación entre estética y política que implica no sólo reescribir la historia de la diáspora, de las imágenes de jóvenes, de las luchas feministas o de los derechos diferenciados de orientación sexual sino, fundamentalmente, encontrar un espacio crítico para intervenir en relación con la capacidad crítica de esos testimonios. No se trata de analizarlos a través del contenido o el tema de la historia sino, como el caso de las ideologías racistas de los medios, por la retórica, por la trama de la narración en tanto implica una relación con las propias condiciones a partir del conflicto vivido como antagonismo. Este último punto plantea el complejo pasaje de las regulaciones políticas a las prácticas en contextos institucionales concretos. Para esto concibe las instituciones como espacios donde se producen las operaciones de codificación y decodificación de valores comunitarios compartidos pero simultáneamente como espacio de producción y legitimización de distinciones culturales. Esta concepción de las instituciones como ámbitos administradores de la desigualdad y las diferencias implica considerar la identidad como concepto no totalizador ni restrictivo basado en dos procesos simultáneos: las subjetividades se construyen a partir de más de un grupo o sector de pertenencia como interacción de la desigualdad y las diferencias pero, a su vez, esas intersecciones presuponen el carácter descentralizador de los espacios de construcción de identidades.

Sintetizando hasta aquí, estos análisis culturales del vínculo entre diferencia y desigualdad en la conformación de posiciones sociales indican, por un lado, la revisión del vínculo entre nacionalismo e identidad cultural y, por otro, una focalización del lugar de los intelectuales en relación con las políticas públicas de producción y distribución cultural en los procesos de transnacionalización económica y cultural. Esta noción de intervención en relación con políticas culturales remite al amplio campo de procesos de producción de políticas públicas involucradas tanto en la formulación como en la implementación de las intervenciones del estado en el estímulo y soporte de la actividad cultural. Esto implica, primero, un reconocimiento de la capacidad y responsabilidad de los estados en garantizar la igualdad de oportunidades de acceso a la cultura.

Segundo, implica el reconocimiento de las demandas y expectativas sociales de públicos diferentes e involucra una redefinición de los modos de intervención de los ciudadanos y su participación para ejercer sus derechos y capacidad de decisión ante fuerzas que se presentan como "impersonales" en economías de libre mercado.

Tercero, requiere la redefinición y rearticulación cultural de las nociones de comunidad, interés general o cultura en común en la construcción de sentidos compartidos en procesos históricos de globalización económica y tecnológica. En principio, la propuesta establece que la globalización económica plantea un desafío sin preceden-

tes a las políticas públicas en el dominio de la cultura en la medida en que el equilibrio frágil entre economía y cultura anteriormente regulado por el estado es puesto en cuestión. Sin embargo, paradójicamente, la globalización económica pone en cuestión los postulados tradicionales acerca de la no intervención estatal en la esfera cultural. En ese sentido, las instituciones mediáticas se han vuelto industrias culturales mayores que constituyen el motor (a través de la promoción, publicidad y establecimiento de cánones estéticos y morales) no sólo del consumo en general sino también de muchas otras prácticas culturales. Mientras los educadores reconocen y analizan la importancia de la cultura de los medios, la producción cultural depende del soporte que una comunidad ofrece a una variedad de sujetos e instituciones involucrados en la expresión cultural.

De este modo, las prácticas culturales no mediáticas, la educación pública y los productos mediáticos están entrelazados a través de redes de información y comunicación que son también objetos fundamentales de la economía global. Por lo tanto el rol de la industria cultural en una economía de mercado no se reduce a los medios de comunicación sino que remite a todo tipo de bienes culturales. Así, las políticas públicas con respecto a la cultura se dirigen a tres áreas: educación, medios y actividades culturales.

A su vez, en lugar de indicar que el estado no tiene ningún rol que cumplir, los imperativos del desarrollo cul-

tural requieren una aproximación dinámica a las políticas públicas. En tanto la producción cultural es concebida como una condición central de la vida pública democrática, la intervención estatal en la cultura no sólo está legitimada sino que es necesaria. El desafío democrático es restablecer y reforzar el derecho ciudadano a contribuir a la vida pública y, por lo tanto, promover el acceso y la participación en la esfera cultural. En primer lugar, el vínculo entre producción cultural y producción económica constituye un dilema de primer orden en la medida en que la internacionalización mundial es más una paradoja que un hecho. En principio, la participación en la economía mundial emergente está limitada a un número restringido de jugadores. De hecho, las corporaciones transnacionales a través de adquisiciones, fusiones e inversiones han alcanzado un alto grado de concentración a escala global. En el caso de las industrias culturales y de comunicación es posible hablar de oligopolios. Con la liberalización del mercado internacional y el crecimiento de todo tipo de intercambios comerciales, puede percibirse el desplazamiento de la lógica de intervención del estado en la economía (basada en el suministro de productos y servicios en respuesta a consideraciones sociales y políticas) hacia una nueva lógica basada en la satisfacción de la demanda de consumidores. Este desplazamiento, en realidad, en vez de disolver la tensión tradicional entre cultura y economía, por el contrario, la exacerba. En segundo lugar, la dis-

yuntiva entre los objetivos culturales del estado y objetivos del mercado es revisada a partir de las nociones de soberanía cultural y el eventual encuentro entre el potencial consumidor y el potencial productor del objeto. Es sabido que la tensión histórica entre economía y cultura atraviesa y marca el desarrollo de las sociedades modernas industriales y si bien la industrialización de la cultura no es un fenómeno reciente, la expansión actual de la penetración global presenta un peligro real a la expresión de diferencias nacionales y locales. Por otra parte, es sabido que la tentación de considerar la economía de mercado como un factor democratizador ha llevado a callejones sin salida. El acento puesto en los aspectos comerciales produce una simplificación del rol social y cultural de los medios y degrada el frágil balance entre objetivos socio-culturales y económicos de las políticas gubernamentales. Podemos sugerir, entonces, las nociones de análisis que necesitan ser replanteadas en condiciones específicas: a) el concepto de acceso a la cultura: supone una diferencia central entre la soberanía del consumidor y el estímulo de la producción cultural; b) la ampliación y fortalecimiento del espectro de instituciones culturales a partir de la relación entre los servicios nacionales de productos audio-visuales y otros tipos de medios que pueden reclamar el estatus de servicio público en la medida en que su propósito fundamental no sea el beneficio comercial; c) las políticas de regulación de medios a partir de objetivos

públicos no determinados por la lógica de mercado; d) la exploración sobre tecnologías en nuevas relaciones culturales. Es importante resaltar las investigaciones que focalizan el vínculo entre cambio social y experimentación tecnológica, en la convergencia entre la lógica de la ampliación del consumo y del mayor acceso a la cultura. De este modo, los estudios culturales legitiman sus operaciones intelectuales y políticas a partir de concebir la crítica simultáneamente como interrogación y desafío de las condiciones históricas de producción de la cultura del presente. Estos saberes y prácticas han formulado el interrogante acerca del valor crítico de las diferencias en la cultura del presente al revisar el etnocentrismo de la mera tolerancia multiculturalista de las diferencias cuando la inclusión estratificante del populismo neoconservador da lugar a reclamos de distinción que tienen en la legitimidad del valor "singularizante" del lenguaje, la historia o la estética tanto la defensa de tradiciones "nacionales" como de las opciones aparentemente "impersonales" del mercado global. De acuerdo con esta concepción, el "carácter exhibitivo de las diferencias" en la crisis de hegemonía del presente no convoca las diferencias en el sentido de un "particular" o una "distinción" que pueda ser reducida a una noción armónica de "comunidades interpretativas" sino que su existencia misma es producto histórico de esa articulación.

Así, el análisis de lo simbólico en relación con las condiciones materia-

les plantea, como dijimos, no sólo una distancia analítica entre lo simbólico y lo material, sino también una distancia política entre opacidad y transparencia en las concepciones del lenguaje. Pero, dijimos, mientras la opacidad de las relaciones sociales se hace controlable bajo la forma, aparentemente transparente, de las estadísticas y la mercadotecnia, los estudios culturales analizan los conflictos variables entre desigualdad y diferencia para cuestionar el carácter automáticamente inclusivo de la democracia en otra dimensión de la tecnología, aquella que aplica la calculabilidad y la previsión a la administración de la violencia en el interior de los estados, a las persecuciones étnicas y religiosas provocadas política y económicamente, al armamentismo como mercantilización de la miseria y la guerra.

El problema central entonces es el de especificar qué tipo de mercancía es la cultura cuando se trata de producir valores de diferenciación social. Con lo cual no sólo se analiza el modo en que se regula la cultura a través de prescripciones, sino el modo en que la cultura constituye una zona de regulaciones. La pregunta qué tipo de mercancía es la cultura propone relevar el peso de lo cultural no sólo en la globalización de la industria cultural sino en la producción de exotismos y marginalidades como parte de esa misma globalización. Es interesante porque implica, por un lado, la necesidad de especificar la relación entre lo económico y lo cultural, y, por otro, la relación entre diferencias culturales y ob-

jetos comercializables (el exotismo de lo popular, la exhibición de las emociones hasta la mercantilización de la miseria y la guerra). Para analizar la relación entre regulaciones culturales y producción de valores estéticos tendríamos que reconstruir el debate entre Williams y Hoggarth (a quienes generalmente se los considera como un equipo armónico y homogéneo). El debate se produce entre los conceptos de "difusión" (hacer accesibles los bienes culturales a sectores cada vez más amplios) y de acceso a la cultura y a esos bienes desde el punto de vista de la "producción" y de las formas de poder y autoridad inscriptas en las tecnologías de reproducción cultural. Como sabemos, esto forma parte de los análisis que Williams produce sobre la relación entre arte idealista burgués y vanguardias estéticas en términos de políticas del lenguajes y modos de acceso a la cultura. Sabemos que esto implica también un vínculo entre marxismo como análisis de los modos de producción y el modernismo y las vanguardias como reflexión sobre la estética en términos materiales. Esto requiere revisar tanto el carácter exploratorio de las experimentaciones estéticas y por lo tanto su capacidad crítica con respecto a los modos de distribución social, como su posibilidad de canonización cuando se concibe a la estética como objetivación de conflictos sociales. En ese sentido, la crítica acerca del carácter mercantil y homogeneizante del arte y la cultura requiere una especificación de los problemas materiales y formales de configuración

del arte y la cultura para historizar y precisar cómo es su funcionamiento en tanto mercancía.

Aquí hay claramente una herencia de los análisis materialistas de Adorno cuando plantea la configuración material del arte como un modo específico de producción en el sistema capitalista. Esto implica tanto una crítica a los valores burgueses de unidad, armonía como ideal del arte, como un reclamo de la inmanencia en el análisis de esas producciones concretas. Los estudios culturales lo reconstruyen también en el concepto de cultura política de Antonio Gramsci cuando se refiere a la inmanencia concreta en el sentido de especificación del lugar de lo cultural, lo que permitió revisar el problema de la autonomía relativa que conduce a la crítica a declarar, por un lado, el carácter de mercancía de lo cultural (innegable desde los análisis de Lukács, Adorno y el propio Gramsci), y por otro, a postular la posibilidad de crítica desde una zona "relativamente autónoma" que, en definitiva, circunscribe a la crítica en la estructura que está tratando de develar. Dicho de modo más simple, explicar la formulación estética a través de los modos de distribución, o el valor a través de la reproducción, encierra a la crítica en la estructura que supone va a desenmascarar. Esto desde Williams, Hall, y ahora más en relación con la deconstrucción de Gayatri Spivak, requiere no sólo denunciar la formulación de valores en el caso de la mercantilización, sino analizar el propio lugar en el circuito de producción de esos valores.

Angela McRobbie indica como parte de esta discusión entre materialismo, estética y distribución social que la globalización coloca a los intelectuales ya no en debates o luchas acerca de la comprensión del vínculo entre estética e historia, sino nítidamente en luchas acerca del establecimiento de valores estéticos. En este sentido la distinción entre lo económico y lo cultural constituye la operación de especificación en tanto operación analítica como un paso en la elaboración de estrategias políticas en la medida en que, y ese es el sentido de "marxismo sin garantías" de Hall, esas formas culturales no se conciben como permanentes o capaces de reproducirse a sí mismas, sino como parte de las luchas políticas por la hegemonía. Como dijimos, frente a la desregulación de los mercados se produce una sobrerregulación de lo cultural, por ejemplo: otorgar al consumo cultural el ser un ejercicio de opciones en relación con las "fuerzas impersonales" del mercado o el carácter regulativo de la diferencia y su cosificación. Esto implica registrar tanto la homogeneización en la producción de objetos como su aparente diversificación a través de políticas de diferenciación cultural. A su vez, convoca los problemas que ha atendido la crítica latinoamericana al historizar nuestra cultura desde diferencias de lenguas, etnias, género a través de conceptos que han denominado de manera variable, mestizaje, hibridación, marginalidad o periferia no constituirían "singularidades" de nuestro continente, sino formas materiales a ser

historizadas en el proceso de modernidad. De acuerdo con esta concepción, la diferencia en la crisis de hegemonía del presente no es una diferencia en el sentido de un "particular" o una "distinción" que pueda ser analizada en términos de "comunidades interpretativas", sino que su existencia misma es producto histórico de esa articulación.

En este punto los estudios culturales plantean la advertencia que ya mencionamos, la diferenciación analítica entre lo simbólico y lo material es fundamental para no analizar cualquier transformación discursiva o de posición de los sujetos como política. Aquí es fundamental el trabajo con el concepto de ideología de Bachtin y Voloshinov pero también la noción de configuración material concreta de Adorno tal como se lee en Williams y Stuart Hall. Políticas serían aquellas acciones, lenguajes, saberes o prácticas que hacen inteligibles las condiciones de desigualdad hasta convertirlas en un punto de antagonismo. En ese sentido para los estudios culturales la política estaría vinculada a la noción de transformación: sería político aquello que al hacer "inteligible" las condiciones de subordinación las convierte en zona posible de antagonismo. Pero entonces estos análisis culturales del vínculo entre desigualdad y diferencia en la conformación de posiciones sociales indican, por un lado, la revisión del vínculo entre nacionalismo e identidad cultural y, por otro, una focalización del lugar de los intelectuales en relación con las políticas públi-

cas de producción y distribución cultural en los procesos de transnacionalización económica y cultural. A tal punto que los estudios culturales son los primeros en decir que las nociones de Tercer Mundo, fragmentación, dislocación, marginalidad o subalternidad no son distinciones idiosincráticas de alguna zona del planeta en la globalización desde la 2da. Guerra sino cuestiones que hay que especificar históricamente, en la medida en que se trata de procesos que sostienen la expansión del capitalismo y, en este momento, las regulaciones a partir de las cuales se segrega la posibilidad de intervención política.

Bibliografía

- ANG, I.; "Watching Dallas, Soap Opera and the Melodramatic Imagination", London, Routledge, 1984. Capítulo III.
- ANG, I.; "Desperately seeking the audience", London, Routledge, 1991.
- ANG, I.; "Cultura y Comunicación: por una crítica etnográfica del consumo de medios en el sistema mediático transnacional", en Causas y Azares. Los lenguajes de la comunicación y la cultura en (la) crisis, Número 1, Primavera 1994.
- CURRAN, J.; MORLEY, D. and WALKERDINE, V.; Cultural Studies and Communications (Section III, Cultural Analysis and Consumption), London, Arnold, 1996. (Existe edición en español de Paidós).
- DELFINO, S.; "Desigualdad y diferencia: retóricas de identidad en la crítica de la cultura", en revista Estudios Nro. 7, CEA, Universidad Nacional de Córdoba.
- DELFINO, S. (comp.); "La Mirada Oblicua", Buenos Aires, La Marca, 1993.
- GIROUX, H. y SIMON, R.; "Popular Culture as Pedagogy of Pleasure and Meaning", en Popular Culture, Schooling and Everyday Life, Toronto, OISE Press, 1989.
- HALL, S. y JEFFERSON, T. (eds.); "Resistance through Rituals: Youth Subcultures in Post War Britain", London, Hutchinson, 1976.
- HALL, S.; "The Meaning of new times", en New Times, the changing face of politics in the 1990s., London, Verso, 1990.
- HALL, S.; "Gramsci and us", en The Hard Road to Renewal. Thatcherism and the Crisis of the Left, London, Verso, 1988.
- HALL, S.; "El problema de la ideología. Marxismo sin garantías", Revista Doxa de Ciencias Sociales Nros. 11 y 12, Buenos Aires, Marzo 1998.
- HALL, S.; "Cultural Identity and Diaspora", en L. Rutherford (ed.), Identity: Community, Culture, Difference, Lawrence and Wishart, London, 1990.
- HALL, S.; "What is this Black in black popular culture?", en Black Popular Culture, ed. Gina Dent, Seattle, Bay Press, 1992.
- HALL, S.; CRITCHER, C.; JEFFERSON, T.; CLARKE, J.; ROBERTS, B.; "Policing the Crisis. Mugging, the State, and Law and Order", London, MacMillan, 1978.
- HALL, S.; "The Rediscovery of 'Ideology': Returned of the repressed in Media Studies", en Gurevitch, Bennett and Woollacott (eds), "Culture, Society and the Media", London, Methuen, 1982.
- HALL, S.; "When was the 'poscolonial'? Thinking at the limit", en The Poscolonial Question (ed. By I. Chambers y L. Curti), London, Routledge, 1996.
- MURRAY, R.; "Fordism and Post Fordism", en "New Times, The Changing Face of Politics in the 1990s", (ed. Hall, S. y Jacques, J.), London, Verso, 1990.
- HEBDIGE, D.; "After the Masses", en "New Times, The Changing Face of Politics in the 1990s", (ed. Hall, S. y Jacques, J.), London, Verso, 1990.
- HEBDIGE, D.; "Subculture. The Meaning of Style", London, Routledge, 1988.
- LACLAU, E. y MOUFFE, Ch.; "Hegemonía y Estrategia Socialista", Madrid, Siglo XXI, 1985.

- McROBBIE, A.; "Feminism and Youth Culture", London, The Macmillan Press Ltd., 1991.
- McROBBIE, A.; "Posmodernism and Popular Culture", London, New York, Routledge, 1994.
- MORLEY, D.; "Television, Audiences and Cultural Studies", London, New York, Routledge, 1992. (Existe edición en español de Amorrortu).
- SEITER, E., et al; "Remote Control. Television, Audiences and Cultural Power", London, Routledge, 1994.
- SIMON, R.; "Teaching against the Grain. On Critical Pedagogy", Toronto, OISE Press, 1992.
- THOMPSON, E.; "Custom in Common. Studies in Traditional Popular Culture", New York, The New Press, 1993.
- THOMPSON, E.; "The Making of the English Working Class", London, Penguin, 1968.
- VVAA; "Historia Popular y Teoría Socialista" (Raphael Samuel ed.), Barcelona, Edit. Crítica, Grijalbo, 1984.
- WILLIAMS, R.; "Culture and Society 1780-1950", London, Penguin, 1959.
- WILLIAMS, R.; "Keywords. A vocabulary of Culture and Society", London, Fontana Press, 1976.
- WILLIAMS, R.; "Sociedad 'industrial' y 'posindustrial'; Clase, Política, Socialismo", en Hacia el año 2000, Barcelona, Grijalbo, 1984.
- WILLIAMS, R.; "The Politics of Modernism. Against the New Conformism", London, Verso, 1989.
- WILLIAMS, R.; "Television. Technology and Cultural Form", New York, Schocken Books, 1975.
- WILLIS, P.; "Common Culture", Colorado, Westview Press, 1990.
- WILLIS, P.; "Aprendiendo a Trabajar", Madrid, Akal, 1988.